

¡Y la dignidad se nos hizo costumbre!

*“¿Quién habló de echar un yugo
sobre el cuello de esta raza?
¿Quién ha puesto al huracán
jamás ni yugos ni trabas,
ni quién al rayo detuvo
prisionero en una jaula?”*
Miguel Hernández

En los últimos días hemos visto a una Colombia altiva, grande, digna, inquebrantable. Una Colombia que ha gritado, ha cantado, ha echado piedra, una Colombia que está generando la posibilidad de poder SER, a pesar del dolor, de la muerte, la sangre y la injusticia. Estamos viendo y viviendo a una Colombia que no nos cabe en el pecho, se está sembrando un mito, un mito fundado con amor, pasión y esperanza, un mito que atemoriza al fascismo criollo que ha apealado a todos los recursos a los que ha podido echar mano, propaganda, intimidación, persecución, terror y solo le ha servido para despertar la fiereza de un pueblo que está cansado de que lo nieguen, lo masacren, y lo despojen.

La Colombia de los trapitos rojos tiene asustada a la dictadura que en medio de su desespero ha ido desenmascarándose poco a poco y ha mostrado la operancia de sus redes paramilitares (inclúyase por favor las tropelías fanáticas de los “ciudadanos de bien”), expresándose genocida sin vergüenza alguna, y sin titubear declara la guerra total al pueblo (que por cierto hace rato que la proclamaron) a través de la denominada “revolución molecular disipada” que no es más que una teorización refrita, pero muy bien aplicada; a partir de la cual, cualquier ciudadano pasa de ser manifestante a objetivo militar. La censura, la lluvia de plomo y la declaración de pena de muerte, las agresiones sexuales, los gases, las aturdidoras y el bolillo se han convertido en leña a esta hoguera que somos.

Evidentemente la situación del pueblo colombiano era una olla a presión, masacres como pan de cada día a líderes y lideresas sociales y ambientales, masacre de jóvenes, bombardeo a niños, el pésimo manejo en la pandemia, un fraude electoral que pasó de agache, persecución al pobre, y estocadas neoliberales como la reforma a la salud y la reforma tributaria son la cerecita en el pastel que generó este estallido, un estallido que no se veía desde los 70. Pero sin duda la reacción no se iba a hacer esperar: represión, censura, desaparición, asesinatos y judicializaciones y como si no bastara, había que sacar de la lista de artimañas la narrativa de odio y deshumanización, utilizada como fórmula mágica en su propaganda para “deslegitimar” y desarmar el estado de agitación popular.

Dentro de la narrativa configurada por las elites está la imagen traída y requetetraída del vándalo/la, el desadaptado/da. Y aquí vale la pena hacer un paréntesis. Es común escuchar la típica frase incluso replicada por sectores progresistas –ojo, no confundir con el fascismo “chévere” de los verdes- que, en algunos casos, de forma inconsciente alimentan esa narrativa, “*Los/las agredieron, y eso que se estaban movilizandando pacíficamente*”, de esta expresión hay dos puntos claves. El primero, es la instauración de las formas, la forma única y válida, la protesta bonita, que en el fondo es el miedo a la deslegitimación, resultando ser un juego donde el perro termina mordiendo la cola, porque la legitimación es comprendida por lo que muestran los medios de “comunicación” -y no la que viene del sentir popular- que son los mismos que ayudan a configurar e imponer el lenguaje y la narrativa antipueblo de las élites, por eso la “forma bonita” es promovida a rajatabla y con esto se termina aplicando la moral impuesta por las mismas castas contra las que nos rebelamos. El segundo, el tratamiento violento a quienes no aplican y no siguen la estética impuesta de la movilización. Entonces, esa típica frase, justifica la agresión a quienes no se expresan dentro de las formas permitidas, incluso, vale decir que en este país, quienes sí se expresan de las “formas bien” también merecen la pena de muerte, como el caso de Lucas Villa, y vemos también como el centro de atención giró en torno a su figura, mientras que las personas que han muerto por ejemplo, poniendo el cuero en la primera línea, como que duelen menos, o no son tan importantes (la perversidad del muerto bueno y el muerto malo), resultando ser un ejercicio altamente deshumanizador, porque todos nuestros muertos nos duelen hasta el tuétano. En conclusión, la forma, es cuestión de fondo.

Continuando con la “fórmula”, hemos visto cómo acuden a la figura de proxenetización de la indignación, por ejemplo, la de grupos terroristas que dan dinero a almas sin credo para que salgan a crear desmanes, o comentarios como los de Marta Lucía Ramírez donde insinuaba que “fuerzas oscuras” financiaban el sostenimiento de Minga en Cali -dentro de su estructura mental netamente narcoparaca que pretenden dispersar a diestra y siniestra, no les cabe en la cabeza cómo la solidaridad entre el pueblo puede abrazarnos-, convirtiéndose en parte la justificación al tratamiento militar a la protesta y la instauración al Estado de sitio. Destapan también lo difícil que es vivir el desabastecimiento y el desplazamiento en este país -pero obvio, es por las marchas, no por el abandono del Estado y la violencia económica-, alimentando el caldo de mentiras de la prensa arrodillada en Colombia, que propagandiza el discurso de las elites económicas y políticas, mientras siembran el odio al pobre entre pobres, para que el fascismo social esté a flor de piel. Ni qué decir del show “civilizado” de “negociemos mientras les doy bala” aprovechado por parásitos de la política para figurar y pasar de dolientes propobres; y obviamente había que citar también al enemigo externo porque es una necesidad, y además se “autojustifica”: *el “régimen de Maduro y Cuba” y su plan para desestabilizar la “democracia” colombiana*, afirmación respaldada por el senador gringo Marco Rubio -para darle un toque de fina coquetería lambona- en una entrevista realizada por Claudia Gurisatti claramente movida por su fascismo militante.

Sin embargo, es importante destacar cómo nuestro fuego ha traspasado las fronteras, muy para el pesar de las instituciones internacionales (como la ONU) y la policía del mundo que se viste de “progre” pero que mantienen el *statu quo* del neoliberalismo y que permanece callada porque la democracia que exigimos no es funcional a la “democracia que ellos defienden”, esa que neoliberaliza la vida y justifica el saqueo y el genocidio.

Pero todos esos vicios de la dictadura a pesar de su intento por negarnos nos afirman, sabemos que luego del fuego germinan las semillas. Nos hemos visto al espejo, y nos hemos visto grandes, hemos vivido lo que han padecido por años las comunidades indígenas y afrocolombianas, los campesinos y campesinas de nuestro país, sentimos el dolor del silencio y la indolencia, y ahora renunciamos a lo que nos han condenado los ricos: vivir en agonía y normalizarla. Estas semillas que hoy brotan y brotarán se disputarán de todas las formas posibles con alegría, con esperanza y con el amor que nos mueve a una Colombia digna para nosotros los pobres.

¡No pasaran los perpetradores y cómplices de la barbarie!

¡Viva el paro nacional, carajo!

Pilarternera2020@gmail.com